

MALA PESCA

Cosas del invierno. La lluvia, es vida para el campo y castigo para el marinero. No hay nada peor que un día de lluvia. Esos días grises, plomizos, desangelados. Esas mareas con mar de fondo que clavan el barco y encrestan el agua. De nada sirven los trucos de veterano para romper el oleaje: caes una y otra vez en la mortecina laguna de pequeñas olas rizadas.

El despertador señala la frontera del sueño. La lluvia mansa y el viento suave que mueve las hojas de las palmeras, hace presagiar que el día no va a ser bueno. Y sin embargo hay que salir a las cinco de la mañana, cuando el pueblo todavía duerme al amparo de la oscuridad. No vale de nada, la pesca será, irremediablemente, mala.



Recorrer medio pueblo, por calles a media luz, atravesar la plaza de las palmeras, desierta a esas horas, y aguantar las bocanadas frías de la madrugada, hasta llegar al muelle. Tomar la copa de ginebra para hacer cuerpo y encima el café.

Ya espera el patrón con el motor del barco arrancado,

- Pá que vaya calentando, que luego tarda en estirar – dice a modo de saludo.

Subir a la embarcación y esperar que llegue el resto de la tripulación para zarpar. Y el maldito aguachirri que no deja de azotar la cara. El aguaviento suave cala toda la ropa y llega al alma dejando fríos hasta los huesos. De nada vale el traje de agua, por mucho que se ajuste, siempre encuentra una rendija la lluvia.

Levar ancla, recoger la maroma y enfilarse la ría,

- ¡Cuidado con los bancos de arena que la marea está llenando y todavía no hay mucha profundidad!,



hasta llegar a la boca la barra. Seguir todo recto para conseguir unas cuantas millas de la costa. Ya está empezando a clarear el día, porque abrir no abre. Y la lluvia, cansina, insistiendo en su tarea: mojar y calar hasta las entrañas.

Hay que echar la red con cuidado que no se arremoline para que navegue mejor. La tarea lleva algún tiempo. Todos lo saben, pero ninguno se atreve a decirlo: saben que la pesca va a ser morralla, en el mejor de los casos. Hoy toca que cueste el dinero y volver a casa con los bolsillos vacíos y la espalda caliente.

El patrón de redes mira una y otra vez como se balancea el cabo a uno y otro lado

- Malo, malo, esto está vacío- comenta rascando su barba sin afeitar.

Casi al medio día se empieza a izar. Las redes van subiendo vacías, como todos esperaban. No hay pesca. El pescado está en el fondo huyendo de la marea, buscando el refugio de la arena y de las piedras; puede más el instinto que el hambre.



No hay pescado para la subasta. Mañana será otro día.

